

el patrocinador del género humano, que ansiaba romper sus cadenas.

Para ser justo con Voltaire, conviene no ir contra la corriente de los siglos, sino creer al porvenir tan fecundo como lo pasado. ¿Era necesaria la obra de la destrucción de lo pasado, que Voltaire emprendió después de otros que le precedieron en la carrera? Preguntado á la naturaleza, que ha unido con lazo indisoluble la nueva vida á la muerte; preguntado á Dios mismo, autor de la ley que se revela en la existencia, tanto de la humanidad entera como de cada una de las criaturas, esto es, destruir para llegar á una nueva vida, destruir para revivir. Solo se debe, pues, preguntar á Voltaire si contenía en sí el germen de la nueva vida. ¿Con qué destruyó? ¿Destruía virtualmente para reconstruir? Tal es la verdadera pregunta que debe hacerse.

Algunos admiradores de Voltaire han plantado en la nada su gloria, porque á sus ojos ninguna cosa excede en hermosura á la nada. Según ellos, lo sublime consiste en no tener en

el corazón fe, esperanza ni caridad; y tal, en su opinión, fué Voltaire. ¡Insensatos! no comprenden á su héroe. Á su vez, los defensores pertinaces de lo pasado se han atendido á la porción necesaria de escepticismo que había en Voltaire, para no ver en él mas que un empedernido escéptico. Esceptico fué, no cabe duda, pero religioso, pues que fué deísta. Su doble misión consistió en destruir y preparar: escéptico para destruir, deísta para preparar.

Cuando llega el invierno, los árboles se despojan, caen las hojas y se marchitan, los frutos han desaparecido, y parece que la naturaleza no se ha visto nunca adornada de flores. La tierra, cubierta de nieve, oculta en su seno las semillas que le devolverán su hermosura, y le darán nuevas flores y frutos nuevos. Tal es el invierno de la humanidad. Esta tierra fría y cubierta de nieve encierra sin embargo el germen de una nueva cosecha: ¿sabéis cuál será?

Extracto de la *Encyclopédie Nouvelle*.

NUM. XXXI

ROUSSEAU.

(1712-1778.)

Desiderio Rousseau, librero parisiense, huyendo de las persecuciones religiosas, se trasladó en 1529 con su familia á Ginebra, donde entró en clase de ciudadano. De Isaac, su descendiente, y de la hija del ministro Bernard, nacieron dos hijos: (1712) uno de ellos, apenas salió de la infancia, huyó, sin que se volviese á saber mas de él; el otro, Juan Jacobo, costó al nacer la vida á su madre, y sobrevivió á fuerza de cuidados. Pero hasta los cuarenta años el futuro autor del *Emilio* y de la *Nueva Eloisa* vegetaba ignorado, juguete de una incierta fortuna y de su propia inquietud. Habiéndose quedado huérfano, á consecuencia de un lance de honor que obligó á su padre á expatriarse, entró de aprendiz de un grabador, y hombre duro é ignorante, que le trataba mal, y le volvía estúpido. Huyó, pues, de su lado, y se encontró á los diez y seis años sin familia, patria ni asilo. Una favorable casualidad le proporcionó la asistencia de una amable patrona, la joven baronesa de Warens. Llevado al hospicio de los Catecúmenos en Turin, abjuró la religión protestante. Á su salida de allí, luchó con la miseria y fué, ora palafrenero de la condesa de Vercelli, ora criado del conde de Gonvon, hasta que volvió á los brazos de su protectora, la cual, conmovida al ver su mala suerte y su juventud, le concedió un asilo en su casa. Ensayó sucesivamente varias carreras; estudió en el seminario, trabajó en el catastro, enseñó música sin saberla todavía, y arrastró así una inconstante vida de Annecy á Friburgo, de Friburgo á Lausana, de Lausana á Neufchatel, de Neufchatel á Berna y á Soleura, de Soleura á París, de París á Chambery; y atraído siempre por su corazón hácia Mad. de Warens, de la cual no se separaba sino para reunirse pronto con ella. Así trascurrió sin gloria, pero no sin errores, su juventud, ó mejor dicho, su larga infancia. Tal era la vida del hombre singular que debía asombrar al mundo entero.

Á los veinticuatro años, atacado de una enfermedad que se creyó mortal, fué á convalecer en compañía de Mad. de Warens á un sitio

pacífico y solitario, y allí se consagró á los estudios con mayor empeño del que había mostrado hasta entónces, atesorando conocimientos y aprendiendo á reflexionar sobre sus deberes. Vivió en aquel retiro muchos años, y solo deseaba pasar toda su vida junto á Mad. de Warens, que era para él mas que una amiga. Desgraciadamente una ausencia de algunos meses la entibió algo respecto á Juan Jacobo, y este no pudo resolverse á dividir con otro un corazón que ántes había poseído sin rival; renunciando, pues, á toda esperanza de felicidad, aceptó el cargo de maestro en Lyon, en casa del señor de Mably (1740).

No tardó en convencerse de que no era propio para tal ocupación, y después de un año de prueba, volvió á su querida soledad, en busca de una dicha que no encontraba; pero desengañado entónces del todo, pensó en crearse un estado independiente. Sabía música; en sus estudios había llegado á inventar un nuevo sistema de notas musicales; apresuróse á darle la última mano, y provisto de algunas recomendaciones, marchó á París y presentó su trabajo á la Academia de ciencias.

Pocos y estériles elogios fueron el único resultado por entónces. Frustrándosele tambien esta tentativa, consintió en seguir, como secretario, al conde de Montaigu, embajador en Venecia, pero la extraña índole y el compartamiento villano del embajador le condujeron nuevamente á Francia (1748), donde trató otra vez de vivir de su ingenio. Introducido en casa de Mad. Dupin, que recibia á la flor de los literatos, se relacionó con algunos. Sin embargo, el éxito no correspondia aun á sus esfuerzos. La ópera de las *Musas galantes*, cuya letra y música había compuesto, no pudo representarse; las *Fiestas de Ramiro*, composición de Voltaire y Rameau, que tuvo encargo de arreglar para el matrimonio del delfin, consiguió solo un éxito infructuoso; los artículos que escribió para la *Enciclopedia* le produjeron poco. Entretanto corria el tiempo; Rousseau había cumplido ya treinta años, y desanimado

por tantas pruebas inútiles, se había colocado en casa de Mad. Dupin, en el humilde empleo de secretario, con 800 ó 900 francos de sueldo, cuando en 1750 la Academia de Dijon abrió concurso público, proponiendo esta singular cuestión: ¿La introducción de las ciencias y las artes ha contribuido á corromper ó á depurar las costumbres?

Habiendo ido á visitar á la torre de Vincennes á su amigo Diderot, preso por algunas atrevidas proposiciones literarias, Rousseau, hojeando un número del *Mercurio*, reparó en aquel programa, que le causó una impresión vehemente. « Sintióse de golpe deslumbrado por mil luces; multitud de ideas le asaltaron á un tiempo, con una fuerza y confusión indescriptibles; experimentó un aturdimiento, parecido á la embriaguez; el corazon le latió con violencia. Pudiendo apenas respirar, se dejó caer bajo uno de los árboles del camino, y pasó allí media hora en tal agitación que, cuando se levantó, halló toda la parte superior del vestido empapada en lágrimas, sin advertir que las había derramado. » Diderot, á quien confió la causa de aquella turbación, le animó á presentarse al concurso, y entreviendo la opinión de su amigo sobre el tema propuesto, le dijo estas notables palabras: « El partido que eligiréis será distinto del que abrazaría otro cualquiera. » Y acertaba; porque ya Rousseau pronunciaba en sus adentros la sentencia condenatoria de las artes y las ciencias, y cediendo á aquella viva inspiración, escribió y obtuvo el premio. Desde entonces principió la vida de Rousseau para la posteridad.

Apenas se supo el juicio de la Academia, y la obra que había sido coronada, cuando surgió un grande escándalo en el mundo literario: no se trataba sino de ver quién se encargaría de la defensa de las letras y las ciencias ultrajadas. Rousseau con el hervor del primer triunfo hizo frente á todos sus adversarios, y en aquella polémica su entendimiento adquirió mayor solidez. El discurso en el fondo no era mas que una ampulosa amplificación de retórico, cuyo estilo, rico en pasiones é imágenes, pero á menudo vago y declamatorio, revelaba á cada instante la poca experiencia del escritor. Defendiéndose contra sus críticos, el autor aprendió á escribir de una manera mas firme. La respuesta á Gautier, académico de Nancy, fué apreciada como un modelo de burla; pero contando á poco á un rey entre sus opositores, tuvo que adoptar un estilo mas grave. Estanislao refutó aquel discurso, y fué á su vez refutado con respetuosa dignidad, que honraba al monarca sin degradar al ciudadano. Los amigos de Rousseau temblaban al ver su atrevimiento; pero él no se propuso en lo mas mínimo con tan noble adversario, y la lealtad del príncipe justificó la confianza del escritor.

Rousseau, al principio, no veía en el uso de sus talentos mas que un medio de subsistencia; pero considerando mejor el temple de su ingenio,

se creyó llamado á ejercer una misión mas augusta, la de decir la verdad á los hombres; y apoyado en su sinceridad, en su valor, concibió desde entonces el voto tan célebre: *Vitam impendere vero*. Convertido en otro hombre, su alma se engrandeció, sus principios se consolidaron. Para sacrificar solo á la verdad, convenia ponerse ala brigo de los golpes de la fortuna y de la opinión, y Rousseau resolvió divorciarse de la opinión y de la fortuna. Semejante designio, al mismo tiempo que libertaba de trabas su conciencia, halagaba la pereza y la timidez que le eran naturales. Introducido en las grandes reuniones, mas por el acaso que por atractivo que para él tuviesen, Rousseau sentía hácia ellas repugnancia, ignorando su lenguaje y usos, y aborreciendo su aparato y molestias. Animóle el triunfo, obtenido hasta el punto de sacudir el yugo de las preocupaciones y de las prácticas sociales, cuya tiranía le exageraba su inquieta irritabilidad; y exento de ambición, contento con su pobreza voluntaria, se consagró á la paz y á sus nuevos deberes. Pronto formó su plan: redujo los gastos domésticos, dejó un empleo lucrativo que desempeñaba en casa de un arrendador, juró no recibir ningún presente, á no ser de la mas íntima amistad; y no queriendo depender de su ingenio, por temor de que su ingenio dependiese á su vez de la fortuna y de los hombres, para ganar el sustento se hizo copista de música. Las primeras personas á quienes comunicó su proyecto le creyeron loco; en seguida le calificaron de singular, y por último, todos le admiraron. En las reuniones no se hablaba sino de « un filósofo, que para vivir independiente había dejado el escritorio de un arrendador general, y habitaba en un quinto piso copiando música á seis sueldos la hoja. »

El *Adivino de la aldea* le concibió el favor público de un modo extraordinario. Esta ópera pastoril, débil respecto al estilo, pero sencilla y graciosa, halagó los oídos franceses, cansados á la sazón de la fatigosa salmodia de la antigua ópera. Se representó por la primera vez en el teatro de la corte (1752); y Juan Jacobo, entónces en todo el fervor de sus nuevos principios, asistió con traje descuidado, barba larga y peluca en desorden. Semejante rareza no indispuso los ánimos; quizá les pareció ver algo de singular en aquel contraste de una imaginación fresca y tierna, oculta bajo un exterior inculto y salvaje. De él solo dependía ser presentado al rey y alcanzar una pensión; pero, fiel á sus máximas, desdeñó ambos favores. Por el mismo tiempo se representó en el teatro frances *Narciso*, pieza compuesta en su primera juventud; pero su éxito fué ménos feliz que el del *Adivino*. Rousseau, que durante los ensayos había conservado el mas riguroso anonimato, al salir del teatro se declaró públicamente autor de la obra mal recibida por el público. Esta confesión, efecto de un amor propio bien entendido, se celebró como un acto de valor, y

Narciso salió á luz con un prólogo, en que se entreveían ya las opiniones filosóficas de Juan Jacobo.

Presentósele luego ocasión para desarrollarse con mas amplitud cuando la Academia de Dijon abrió nuevo concurso (1753) « sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres. » Hasta entónces no se había propuesto cuestión mas sublime á la meditación de los filósofos. Inflamó la vena de Rousseau, que descendió de nuevo á la palestra. Esta vez entraba en ella armado de punta en blanco; pero aunque el discurso *Sobre la desigualdad* es muy superior en ideas y estilo al de las ciencias, no halló igual fortuna. Habiendo sido tan criticado su primer juicio, la Academia temió comprometerse, premiando una nueva paradoja. El discurso de Rousseau fué, pues, desechado, y se adjudicó el premio al del abate Tolbert, que hoy nadie conoce.

La fama de Rousseau crecía diariamente; pero le imposibilitaba de llevar á cabo sus designios. Las distracciones, las importunidades llovian sobre él, aunque las rechazaba de mala manera; cuando mas ganaba en reputación, mas perdía en independencia y tranquilidad. Estos contrastes que se renovaban de continuo, le hicieron aborrecer la mansión en París, y volvió á Ginebra, donde le llamaban varios afectos y los recuerdos de la infancia.

Su patria le acogió con los honores debidos á un ciudadano que la había ilustrado. Durante su residencia allí, feliz con respirar en aquel suelo, rodeado de homenajes y de benevolencia, errante á orillas del hermoso lago, embriagó su alma de amor patrio y de libertad. Poco faltó para que se decidiese á fijarse el resto de su vida en su país natal; volvió á profesar el culto de sus padres, y fué restablecido en los derechos de ciudadano. Así, cuando imprimió, de regreso á Francia, el discurso *Sobre la desigualdad*, se denominó ciudadano de Ginebra. Su intención era entónces volver á finalizar allí sus dias en el seno de la paz y de la amistad; pero la suerte decidió otra cosa.

Entre los amigos que Rousseau contaba en Francia, se distinguía por las gracias de su ingenio y la amenidad de su índole madama de Epinay, mujer de un arrendador general. Poco distante de la quinta que poseía su marido en los alrededores de Montmorency, había un sitio campestre y apartado, al que se daba por su posición el nombre de *Ermita*. Habiéndole conducido un dia allí su amigo, Rousseau quedó prendado del sitio; y cuando volvió al poco tiempo (1756), fué grande su sorpresa y conmoción al encontrar una nueva habitación que madama de Epinay había mandado construir para él: « Aquí tenéis (le dijo) vuestro asilo; os ha gustado, y la amistad os lo ofrece. » Vencido por tanto afecto y delicadeza, Rousseau renunció á volver á su patria y no pensó mas que en irse á habitar la Ermita. En el mundo se rieron de su determinación; pero él siguió

firme en su propósito, y sin esperar la primavera, corrió á su nuevo asilo. Creía hallar su felicidad ¡desgraciado! y no sabía el maligno influjo que llevaba consigo.

Á su vuelta de Venecia había conocido Rousseau á una joven modista, y necesitando su corazon y sus sentidos una compañera, depositó en esta un afecto que creyó sinceramente correspondido. Los fáciles favores de la joven le parecieron prenda de un sincero amor, y en la sencillez de una alma inculta se figuró ver la ingenuidad de un corazon sin artificio. Llegando á ser ama de llaves y amiga de Rousseau, Teresa Levasseur adquirió sobre él aquella preponderancia que las personas de cortos alcances ejercen casi siempre en la vida doméstica sobre las almas privilegiadas. Los amigos de Rousseau se disgustaban en vista de aquel indigno lazo, y previendo demasiado la especie de sortilegio que Teresa ejercería sobre él en aquella soledad, trataron de envenenar la fuente de donde emanaba. Comprendió ella sus designios, y decidió ponerlos á mal con su amo: sus informes y hábiles manejos se enseñorearon pronto de aquella alma impetuosa, haciendo germinar en ella las desconfianzas que tan cruelmente atormentaron los últimos dias del infeliz Juan Jacobo.

Los primeros momentos de su residencia en la Ermita trascurrieron para él en una envidiable calma. En medio de los bosques, solo con la naturaleza, se sumergía á su gusto en dulces éxtasis, y disfrutaba con delicia de aquella vida interior y contemplativa que forma el encanto de las imaginaciones sensibles. En sus largos paseos evocaba, bajo un cielo hermoso y rodeado del silencio de los bosques, las divinas imágenes de *Clara* y de *Julia*; registraba ya en su fantasía las encantadas páginas de la *Eloisa*. Entre él y madama de Epinay reinaba la mas amable confianza; á porfía le felicitaban por un lado los amorosos cuidados, las finas atenciones de la amistad delicada; por el otro, la viva efusión de la amistad tierna y agradecida; pero tan dulces y caras relaciones fueron ¡ay! demasiado pronto turbadas.

Grimm, á quien Rousseau creía su amigo, entró en relaciones amorosas con madama de Epinay; y esta, dominada por un hombre envidioso de la celebridad de Juan Jacobo, sintió quizá entibiarse el afecto que á este profesaba. Por su parte Rousseau, á quien los años, los padecimientos y los severos principios hubieran debido preservar de una loca pasión, se enamoró de madama de Houdetot, cuñada de madama de Epinay, aunque sabía que esta amaba ciegamente á Saint-Lambert. Esta debilidad, que tuvo la imprudencia de dejar entretener, y que le expuso por algun tiempo á la censura de las personas austeras y á las habladurías del vulgo, disminuyó su afecto á madama de Epinay. Hasta se atrevió á acusarla, fundándose en los asertos poco verídicos de Teresa, de traiciones probablemente imagina-

rias; de donde resultaron sinsabores, quejas, arreglos. Madama de Epinay, queriendo ocultar á su marido las pruebas demasiado visibles del cariño que tenía á Grimm, decidió ir á Ginebra con objeto de consultar á Tronchin, é invitó á Rousseau para que la acompañase. La invitación era injuriosa por mas de un concepto; negóse Rousseau, insistió ella, los ánimos se acaloraron; aquel escribió una extravagante carta á Grimm; Grimm aprovechó la oportunidad para fingirse irritado; clamó contra el ingrato, y rompió con él ruidosamente, acompañándole en sus quejas madama de Epinay. Rousseau, que con una palabra hubiera podido justificarse, prefirió soportar la calumnia en silencio mas bien que revelar los secretos de su antigua amiga: abandonó la Ermita, donde había residido casi dos años, y dejando que sus enemigos le destrozasen á su sabor, se retiró, sin responder una palabra, á Mont-Louis en las cercanías de Montmorency. Este inesperado accidente, que le hirió en lo mas vivo, aumentó su natural desconfianza, y con Diderot rompió para siempre, sin mas motivo que alguna falta de consideración que tomó por perfidia.

En aquel retiro escribió á D'Alembert *Sobre los espectáculos*, y concluyó el *Proyecto de paz perpétua*, la *Eloisa*, el *Emilio* y el *Contrato social*. La carta á D'Alembert metió mucho ruido; y mas satisfactorio fué aun el éxito de la *Eloisa*. En especial las mujeres se prendaron del libro y del autor: su imaginación vivamente conmovida creía ver á Juan Jacobo en Saint-Preux; ilusión favorable de que se aprovechó Rousseau, sin acreditarla ni desmentirla. El *Emilio*, que consideraba como su *mejor y mas estimable* obra, fué la causa de su ruina, sirviendo la amistad de involuntario instrumento.

El modesto asilo donde Rousseau vivía estaba próximo al castillo de Montmorency, residencia del mariscal de Luxemburgo durante la primavera. Este amable y buen señor quiso visitar al ilustre solitario, y le indujo á fuerza de halagos á que frecuentase su casa. Juan Jacobo, acogido y obsequiado en el castillo, no tardó en estrechar relaciones con toda la familia, á pesar de su mal humor contra los grandes. Allí conoció al príncipe de Conty, á la condesa de Boufflers, al virtuoso Malesherbes, entonces presidente de la censura. Madama de Luxemburgo, al ver á Juan Jacobo víctima siempre de su desinterés en los contratos con los librereros, quiso encargarse de la edición del *Emilio*. Rousseau dudaba de que la obra pudiese imprimirse en Francia, y expuso sus razones; pero la mediación de Malesherbes destruyó toda dificultad. ¿Y qué podía temer un libro publicado bajo los dobles auspicios de un mariscal de Francia y del director de la censura? Rousseau, confiando en tales seguridades, entregó el manuscrito, y el *Emilio* vió la luz; pero apenas transcurrieron algunos días, cuando

el libro fué proscrito, se amenazó al autor con encerrarle en la cárcel, y Juan Jacobo tuvo que abandonar apresuradamente el territorio francés.

Por aquel tiempo fueron suprimidos los Jesuitas, y el parlamento que los había condenado, temía, protegiendo á los filósofos, que se le acusase de incredulidad. Rousseau fué el primero que experimentó los efectos de aquella política. Hubiera podido defenderse manifestando la verdad del hecho; pero como esto habria comprometido á Malesherbes y á Madama de Luxemburgo, se sacrificó por la amistad y consintió en alejarse. Al borde de la tumba, en el instante en que, libre de sí mismo, trataba de dejar la pluma para siempre y concluir en paz los pocos días que le quedaban, Juan Jacobo se vió á su pesar lanzado otra vez á las tempestades de la vida.

Ginebra, á quien él había colmado de honor, hubiera debido tenderle los brazos y ofrecerle á lo ménos un asilo; pero Ginebra estaba bajo la influencia del ministerio francés, y la aristocracia ginebrina no había perdonado á Rousseau sus principios populares, y la negativa de dedicar al consejo el discurso *Sobre la desigualdad*. El consejo no esperó á ver el libro para condenarlo; sino que anatematizó á Rousseau con solo la requisitoria de Joly de Fleury. El Senado de Berna, imitando al consejo ginebrino, expulsó también de su territorio á Juan Jacobo. Rechazado de todas partes, se refugió por último en las tierras de Neufchatel, pequeño Estado independiente bajo la protección de la Prusia. El fanatismo quería perseguirle aun allí; pero el gobernador le impidió descargar sus crueles tiros.

Lord Keith, antiguo mariscal de Escocia, unia á algunas rarezas de carácter las cualidades de un alma recta y generosa. Salió de su país natal por cuestiones políticas, y habiéndole acogido Federico, que le estimaba, descansaba en el dulce gobierno de Neufchatel de las fatigas de una agitada vida. Rousseau se presentó á él, y desde la primera entrevista, estos dos hombres se sintieron atraídos mutuamente, no tardando en ser amigos. Keith, poco semejante á los demas hombres, conoció al momento la índole de Juan Jacobo, que pocos sabían comprender; apreció su desinterés, respetó su natural reserva, y toleró sus rarezas; Juan Jacobo, que rehusaba todos los regalos, no rehusó la pequeña pensión que le asignó el lord mariscal, á quien llamaba padre; á su vez el anciano lord le llamaba su *hijo el salvaje*, y añadía con gracia: « En verdad, tenemos poco que envidiarnos. »

Tranquilo en la aldea de Moutiers, en la pendiente de un profundo valle, envuelto en un traje armenio, á propósito para sus achaques, Rousseau no deseaba mas que el olvido. El estudio de la botánica le servía de entretenimiento durante el día, recreándole en sus paseos solitarios. Pero, los gritos de la perse-

cución llegaron hasta allí: el escrito de la Sorbona turbó sus ocios y el despacho del arzobispo de Paris obtuvo una respuesta.

Habían pasado diez meses, y ninguna voz había protestado en Ginebra contra el decreto del consejo. Obligado á administrarse justicia por sí mismo, Juan Jacobo renunció solemnemente el título de ciudadano. En vista de este acto de justa cólera, con que echaba en cara noblemente á la ingrata patria la gloria que había esparcido sobre ella, Ginebra despertó; se hicieron varias peticiones al consejo; pero Rousseau, creyéndolas ya tardías, trató de prevenirlas, y no queriendo servir de obstáculo á la paz, juró no volver á entrar en Ginebra aunque le llamasen sus conciudadanos. Sin embargo, los memoriales continuaron; Tronchin, procurador general, respondió con destreza en sus cartas escritas desde el *Campo*. Rousseau, en contestación, publicó las suyas escritas desde la *Montaña*, donde probó la injusticia de sus perseguidores y la ilegalidad del decreto; y llevando mas lejos sus pesquisas, descubrió las miras ambiciosas de la aristocracia ginebrina. Entonces el resentimiento llegó al colmo: la Suiza resonó con declamaciones: Montmillon, pastor de Moutiers, que poco antes había admitido á Juan Jacobo á la comunión, se puso al frente de sus enemigos, y sublevó contra él al populacho. Cabalmente por aquel tiempo marchó el mariscal á Berlin, y desde entonces la persecución no tuvo límites. Amenazado de día, atacado por la noche á pedradas en su misma casa, Rousseau se vió en la precisión de ceder á la tormenta (1765). Pasó á la isla de San Pedro, amena soledad en medio del lago de Bienné; pero cuando se recreaba con la perspectiva de aquel risueño asilo, recibió la orden de dejar sus costas.

El autor del *Emilio* se veía, por lo tanto, sin tener tierra en que fijar el pié. Cansado de andar de destierro en destierro, pidió inútilmente el favor de una cárcel perpétua. Obligado á buscar un nuevo asilo, corrió á Berlin en busca del mariscal. En Estrasburgo le acogieron con transporte, y descansaba tranquilo en aquel suelo hospitalario, cuando, á instigación de sus amigos de Francia, resolvió visitar á Inglaterra, donde el famoso historiador David Hume le prometía una suerte pacífica y la protección del gobierno. Consigue el permiso de atravesar por Francia, llega á Paris, se hospeda en casa del príncipe de Conty, el cual considera meritorio recibir en triunfo al ilustre desgraciado; y á los pocos días, deseoso de librarse de las miradas del público, se apresura á marchar á Inglaterra (1766).

Allí todo parece sonreírle; se le acoge perfectamente; el heredero del trono va á visitarle; su nuevo huésped le colma de atenciones, le proporciona en el campo una habitación agradable y tranquila, le consigue una pensión del gobierno. ¿Qué le faltaba para ser feliz?

¡ Ah! Rousseau no era ya capaz de gustar la felicidad. Le hemos visto de vez en cuando víctima de un natural inquieto y receloso; no sabiéndolo si atribuirlo á disposición ingénita, ó á algun accidente de la primera juventud que desarreglase su temple moral. Los frecuentes engaños que debió sufrir en el trato de los hombres aquella alma acostumbrada á un mundo ideal, la astucia de Teresa que, para mejor dominarle, le separaba de todos, los fantasmas de la soledad, las intrigas de la Ermita, fortificaron aquella inclinación, que poco á poco degeneró en una verdadera afección mental. Los primeros síntomas de su monomanía se manifestaron con extravagantes temores cuando se estaba imprimiendo el *Emilio*; la persecución le irritó; el lúgubre cielo de Inglaterra contribuyó á exasperarle enteramente. Apenas llegó á Londres, Hume era casi un dios para Juan Jacobo; seis meses después, se había convertido en un detestable bribon que le había arrastrado á Inglaterra para infamarle. Sus relaciones con los enemigos de Rousseau despertaban las sospechas del supersticioso viajero: mil pequeños accidentes interpretados por su imaginación enferma, una mirada de Hume, una palabra dicha en sueños, se cambian pronto para él en certeza. El desventurado se contempla blanco de una vasta trama urdida para cubrirle de infamia y hacerle execrable en la memoria de los hombres. Grimm es el inventor; Voltaire, Tronchin, el duque de Choiseul, los cómplices; Hume el principal instrumento. Desde entonces corta con este toda correspondencia; renuncia la pensión que un traidor le había proporcionado. Hume atónito pide una satisfacción, y recibe en respuesta un escrito acusándole que no contaba ménos de cuarenta páginas. No obstante la locura que revelaba su contenido, Hume no ve en él sino la mas negra ingratitud. Una noche, varios comensales que se reunían en Paris en casa del baron de Holbach, se quedaron asombrados al oír las primeras palabras de una carta de Hume: *Rousseau es un malvado*. Hume tovo la debilidad de responder públicamente en una sucinta exposición, que tradujeron y comentaron Suard y D'Alembert, á las acusaciones confidentiales de Rousseau. Quién tomó partido por uno y quién por el otro; se puso el grito en el cielo y parecía como si hubiese estallado una guerra entre dos potentados. Entretanto Juan Jacobo, tranquilo en Wootton, estudiaba botánica, y se divertía en escribir las Memorias de su vida.

De repente, atacado de un nuevo acceso, se cree prisionero en Inglaterra, y teme que quieran entretenerle allí para cargarle de oprobio. Á tal idea se enfurece; arroja á las llamas las notas dispuestas para una nueva edición del *Emilio*; sale á pié de su casa, sin avisar á nadie; atraviesa los caminos de Inglaterra; corre en pocos días enormes distancias; escribe á los ministros cartas insensatas. Cuando llega á Dover, arenga en francés á la asombrada mul-